

El Padre, el Hijo y el Espíritu

Jiří Moskala

Juan 13-17 se centra en el discurso de despedida de Jesús y el concepto de la Trinidad. Este es un tema importante porque revela la naturaleza, el propósito, el trabajo y la función de las diferentes Personas dentro de la Santísima Trinidad. También describe su relación mutua. La unidad entre el Padre y el Hijo es un modelo que podemos emular al buscar una relación cercana con nuestro Salvador, Jesucristo.

El Dios Trino está ocupado en nuestra salvación y vida. Es importante que entendamos la revelación de Dios acerca de sí mismo, porque solo entonces podremos comprenderlo mejor y relacionarnos con la Trinidad de una manera adecuada. Él es el Creador del universo y el Autor del plan de redención. Aprender esto nos ayudará a servirle de manera más significativa y a adorarlo por gratitud por nuestra salvación (Juan 1:1, 2; Colosenses 1:16, 17; Hebreos 11:3).

El Señor es Uno

El misterio fundamental de la fe cristiana es la creencia en el Dios Uno y Trino. Como Adventistas del Séptimo Día, confesamos que Dios es Uno, pero manifestado en Tres Personas distintas, a saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cuando hablamos de Dios, debemos recordar que entramos en tierra santa, y debemos hacerlo con profunda humildad, conociendo nuestros límites. ¡Estamos usando un lenguaje humano imperfecto para describir a un Dios Infinito! El Dios trascendente siempre supera incluso nuestras categorías más finas de pensamiento y lógica. La mejor actitud en tal situación es la humildad a la que Dios invitó a Moisés en la zarza ardiente: "Quítate las sandalias, porque el lugar donde estás es tierra santa" (Éxodo 3:5). Necesitamos darnos cuenta de que conocemos a Dios solo porque Él se ha dado a conocer a nosotros. Lo que percibimos acerca de Él nos fue revelado; dependemos totalmente de Su auto-revelación (Éxodo 34:6, 7; Deuteronomio 29:29). Por lo tanto, nuestra única respuesta correcta a Su Palabra es escuchar cuidadosamente, aprender con entusiasmo y obedecer de todo corazón (Isaías 66:2).

La confesión básica de fe en la Biblia hebrea: "Escucha, oh Israel: El LORD nuestro Dios, el LORD es uno" (Deuteronomio 6:4)— es una clara proclamación del monoteísmo, que Jesús afirmó (Marcos 12:29). Llamada el Shemá, esta declaración anuncia a Dios como Uno en una declaración muy fundamental e inequívoca. Esta unicidad de Dios se enfatiza varias veces en el resto de la Biblia porque solo Él es el Dios verdadero y no hay nadie fuera de Él (Deuteronomio 4:35, 39; Nehemías 9:6; Salmos 86:10; Isaías 44:6; Zacarías 14:9). Es importante notar que los autores del Nuevo Testamento también proclamaron que Dios es Uno, y por lo tanto no vieron este anuncio como una contradicción del pensamiento trinitario al que se adherían (Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14).

Permanecer en Jesús

El Evangelio según san Juan invita a los lectores a seguir la historia de Jesús creyendo y permaneciendo en Él. El centro de nuestra fe es Jesucristo. La verdadera religión tiene sus raíces en Jesús. Creer en Jesús es uno de los pensamientos principales de Juan. El significado del verbo *Creer* aparece noventa y ocho veces en la versión griega del Evangelio de Juan. Es significativo que los sustantivos traducidos *fe* y *creencia* no aparecen en este Evangelio, lo que significa que Juan está enfatizando la importancia de tener una fe vital y activa en Jesús para confiar en Él. Mantener una relación es una acción; No es estático. En Juan 15, Jesús enfatiza especialmente cómo Sus seguidores necesitan permanecer o permanecer arraigados en Él.

En sus relaciones con el Padre y el Espíritu Santo, Jesús no estaba trabajando aislado del Dios Trino. En este Evangelio, Él está estrechamente asociado con Su Padre. A Sus discípulos, Él reveló Su relación con el Padre, así como el papel y la función especiales de la Tercera Persona de la Trinidad: el Espíritu Santo. Jesús declaró que era ventajoso para los discípulos que la presencia del Espíritu Santo lo reemplazara, porque el Espíritu estaría en todas partes y los guiaría a la verdad completa (Juan 16:7, 8).

Hay que destacar siete hechos principales:

1. La premisa principal y el punto de entrada para comprender los destellos de nuestro Dios Trino trascendente es aceptar la divinidad de Jesucristo. Jesucristo es Dios. Esta verdad está atestiguada en el principio, al final y a lo largo del Evangelio de Juan. En la introducción del

Evangelio, Juan afirma que Jesús es (a) eterno, (b) unido con el Padre, (c) Dios, (d) una Persona distinta de Su Padre, y (e) el Creador: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1:1-3). En Juan 1:1, la palabra *era*, del término griego *ēn*, que es un imperfecto del verbo *eimi*, se refiere a un tiempo continuo. Esto significa que si uno puede imaginar un comienzo, en ese comienzo, Jesús ya estaba existiendo.

Nunca hubo un momento en que Jesús no estuviera (Isaías 9:6; Miqueas 5:2). Al final del Evangelio está la hermosa confesión de Tomás sobre Jesús: "¡Señor mío y Dios mío!" (Juan 20:28).

2. Las afirmaciones radicales de Cristo dan testimonio de su divinidad. Las afirmaciones de Jesucristo eran tan profundas que solo hay dos posibilidades: o era Dios, o era un loco y un engañador. Considere el propio testimonio de Jesús:

- "Vosotros creéis en Dios, creed también en mí" (Juan 14:1).
- "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá" (Juan 11:25).
- "El Padre no juzga a nadie, sino que ha confiado todo el juicio al Hijo" (Juan 5:22).
- "Yo soy el pan de vida" (Juan 6:35).
- "Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. El que comiere de este pan vivirá para siempre" (versículo 51).
- "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no andará en tinieblas" (Juan 8:12).
- "Esta es la voluntad del Padre que me envió: que de todo lo que me ha dado, no pierda nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Juan 6:39).
- "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14:6).
- "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (versículo 9).
- "Todos deben honrar al Hijo así como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Juan 5:23).
- "He descendido del cielo" (Juan 6:38).
- "Yo y mi Padre somos uno" (Juan 10:30).
- "¡Antes de que Abraham fuese, YO SOY!" (Juan 8:58).

Los judíos querían apedrearlo por esta blasfemia (v. 59). Además, Jesús afirmó tener el poder de perdonar pecados (Lucas 5:24), y aceptó la adoración cuando la gente lo adoraba (Juan 9:38). Él llamó a Sus discípulos a seguirlo (Mateo 4:19; 8:22; 9:9; 10:38; 16:24) y declaró: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28).

Elena G. de White explica la importancia de aceptar la divinidad de Jesús con las siguientes palabras poderosas: "Si los hombres rechazan el testimonio de las Escrituras inspiradas concerniente a la deidad de Cristo, es en vano discutir el punto con ellos; porque ningún argumento, por concluyente que fuera, podía convencerlos. "El hombre natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede conocer, porque se disciernen espiritualmente." 1 Corintios 2:14. Ninguno de los que sostienen este error puede tener un verdadero concepto del carácter o de la misión de Cristo, o del gran plan de Dios para la redención del hombre.¹

3. Jesús es el Creador. El Verbo ha creado todas las cosas (Juan 1:3). Debido a que Jesús ha creado todas las cosas, Él mismo no es creado, sino el Creador (Colosenses 1:16). A través del Hijo, Dios creó el mundo, y el Hijo es el Sustentador y la representación exacta del Padre (Hebreos 1:2, 3).

4. Jesús tiene vida inherente en sí mismo. Él es la Fuente de la vida; no solo da vida, sino que Él es vida (Juan 1:4; 5:26). Él puede dar Su vida y puede tomarla de nuevo (véase Juan 10:17, 18). Él es capaz de darnos vida; Él es la resurrección, "el camino, la verdad y la vida" (Juan 11:25; 14:6). La vida eterna siempre depende de Jesús (Juan 3:36; 6:40; 10:28; 1 Juan 5:11-13). Sólo Él puede liberar a las personas de la esclavitud del pecado; Su verdad libera a las personas (Juan 8:32).

5. Jesucristo vino a revelar a Su Padre. Juan declara que Él interpretó y explicó a la gente quién es Dios. Él reveló a Dios perfectamente porque Él vino de Él. Jesús habla con frecuencia del Dios Viviente como Su Padre y revela Su estrecha conexión con Él. La palabra traducida *Padre* aparece 121 veces en la versión griega de Juan.

6. Jesús era igual y uno con Su Padre (Juan 10:30). Él hace todo en armonía con Su Padre (Juan 5:30; 7:16; 10:38; 14:10). Nadie puede venir al Padre sino por Él (véase Juan 14:6). Jesús es el Hijo de Dios (Lucas

3:38; Juan 11:27; 1 Juan 5:12), quien revela al Padre (Juan 1:18; 14:6-9), y siempre es Uno con el Padre (Juan 10:29-36).

Los judíos entendieron correctamente la declaración de Jesús de que se consideraba a sí mismo como Dios e intentaron arrestarlo (versículos 33, 39). En otra ocasión, cuando Jesús sanó a un enfermo en sábado y los judíos lo acusaron de transgredir el mandamiento del sábado, Jesús declaró: "Mi Padre está trabajando hasta ahora, y yo estoy trabajando" (Juan 5:17). Juan comentó sobre esta situación: "Por tanto, los judíos procuraban con más ahínco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios" (versículo 18).

Además, el apóstol Pablo predicó que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios (Hechos 9:20, 22). El título de "Hijo de Dios" designa a una Persona Divina que fue enviada por el Dios Todopoderoso para ser el Mesías como cumplimiento de las promesas de redención del Antiguo Testamento a partir de Génesis 3:15. Este título no debe entenderse en el sentido literal de nacimiento, sino como un epíteto divino que se refiere a Él como el Mesías, teniendo una relación única con el Señor y la misión de salvar a la humanidad. Los Evangelios fueron escritos para testificar que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios prometido (Marcos 1:1; Lucas 1:35; 3:38; Juan 20:31).

Todo el panorama es muy claro. Jesucristo es Dios: Él es nuestro Creador (Juan 1:1-3; Colosenses 1:16), Salvador (Juan 12:32; Hechos 4:10-12), Juez (Juan 5:24-30), Intercesor (Romanos 8:34; Hebreos 7:25), Rey (Mateo 25:34; Apocalipsis 17:14), Señor (Juan 13:13, 14) y Amigo (Juan 15:14).

7. El Evangelio según san Juan da la mejor explicación del papel del Espíritu Santo. La persona y la obra del Espíritu Santo son reveladas por Jesús mismo de manera transparente. Jesús habla de Él como Aquel que convierte a las personas a Dios (Juan 16:8-10, 13) y lo nombra como otro "Consolador" (Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7) que también es llamado "el Espíritu de verdad" (Juan 14:17; 15:26; 16:13). Él enseñará a los cristianos todas las cosas y les recordará todo lo que Cristo les dijo a sus discípulos (véase Juan 14:26). Él guiará a los seguidores de Cristo a "toda la verdad" (Juan 16:13). Él viene del Padre así como del Hijo (Juan 14:26; 15:26). Él enseñará a los creyentes más acerca de Cristo (Juan 15:26) y lo glorificará (Juan 16:14). "Él convencerá al mundo en cuanto al pecado, en la justicia

y en el juicio" (versículos 8, 9). Él también revelará eventos futuros (versículo 13).

En resumen, el amor de Dios es amor verdadero y desinteresado. Esta es la razón por la que Él habla en la forma plural de *Nosotros* (Génesis 1:26; 3:22; 11:7; Isaías 6:8). Dios está en comunión consigo mismo; Él es comunidad. Está en una relación con la Deidad y también con Su creación. La comunidad de Dios es la fuente y la base de todas las demás comunidades dentro de Su creación, incluidas las relaciones dentro de la humanidad. El modelo de amor, unidad y trabajo dentro de la Trinidad es la fuente de la que brotan todas las relaciones verdaderas. Nuestro Dios anhela tener relaciones significativas con las personas porque no es una persona solitaria. Él no creó a los seres humanos para vivir aislados, sino para disfrutar de la vida social en matrimonio y comunidad.

Un corazón abierto trae comprensión

La unidad entre el Padre y el Hijo en la obra por nuestra salvación es asombrosa, y la obra sustentadora del Espíritu Santo es impresionante. El Espíritu Santo está cerca de la humanidad. Se comunica con nosotros y nos anima a conocer a Dios y a seguir fielmente sus enseñanzas. Solo debido a Su presencia en nuestras vidas podemos resistir el mal, obedecer a Dios y crecer en la gracia de Cristo. Él es el mejor Consolador en tiempos de decepción, angustia, desesperación, dolor, depresión, incomprensión, sufrimiento y persecución. Necesitamos abrir nuestro corazón a Dios y responder a los susurros del Espíritu para amar, obedecer y adorar al Dios Trino.

Nuestras mentes finitas son incapaces de entender la magnificencia, soberanía y grandiosidad del Dios Trino. Él trasciende nuestras capacidades limitadas y nuestros débiles intentos de comprenderlo. Solo podemos quedarnos asombrados al maravillarnos ante Su revelación de Sí mismo.

¡Necesitamos ser cuidadosos, extremadamente cuidadosos, en nuestros intentos de explicar a Dios y evitar crearlo a nuestra imagen! Los seres humanos fueron creados a su imagen, no al revés. En vista de la unicidad y alteridad de nuestro Dios, se hace evidente que no podemos captar la imagen completa de nuestro Señor, ya que Él está por encima de nuestras categorizaciones lógicas. Solo podemos pedir un vistazo, una maravilla, verlo, adorarlo y servir a nuestro asombroso Dios que supera nuestros

conceptos de conocimiento y juicio (Éxodo 33:18, 19; 34:6, 7). Él siempre está por encima de todas las cosas.

En lugar de tratar de explicar a Dios, relacionémonos con Él personalmente como nuestro Señor y Salvador. A medida que nos acerquemos más a Él, tendremos una comunión amorosa con los demás, caminando fielmente con aquellos que son parte de Su maravillosa creación.

1. Elena G. de White, *El Conflicto de los Siglos* (Mountain View, CA: Pacific Press[®], 1950), 524.